

## Crítica

# Una Buena Novela Policial

Cayetano Brulé, un Sherlock Holmes a la chilena

¿Quién Mató a Cristián  
Kustermann?

Roberto Ampuero. Editorial Planeta, Santiago,  
1993. 236 páginas.

por Ana María Larraín

La obra ganadora del Concurso de Novela de la «Revista de Libros» de este año «¿Quién mató a Cristián Kustermann?», frente a la cual el jurado ya manifestó públicamente su opinión, ha sido en estos días publicada por Editorial Planeta y su lectura en formato de libro no hace sino confirmar los juicios emitidos en su debida oportunidad. Perteneciente a una línea del género policial bastante poco cultivada en nuestro país, como es la sociopolítica, podría achacársele un cierto parentesco con el universo literario que Ramón Díaz Eterovic plasma en su última producción. Nadie sabe más que los muertos (Planeta, 1993).

En efecto, tras el asesinato de este joven integrante de la burguesía viñatera que es Cristián Kustermann—cuyo caso no ha podido dilucidar el aparato policiaco oficial—se oculta una mano negra de oscura proveniencia que, por desgracia no muy rápido del sabroso encar-

gado privadamente de la investigación, termina por perfilarse con mayor nitidez en el ámbito de la contingencia política del Chile postpinochetista. La pesquisa de que da cuenta el libro, no obstante, nos retrotrae a los años que se sucedieron al golpe militar, siendo este el escenario que va reconstruyendo el detective Brulé a medida que avanza, guiado por una mínima pista, en su riesgosa y entretenida persecución de la verdad.

Nada de esto permite, por supuesto, hacerse la idea de que estamos ante una novela melancólicamente política, pues por mucho que el lector pueda sospechar la tendencia ideológica del autor de este texto, no hay defensa ni ataques en su postura, que es, para los efectos novelescos, de la mayor objetividad.

Evidentemente, lo que le interesa a Ampuero—y lo que le interesa, por ende, al lector—es el desarrollo de la búsqueda del asesino, para lo cual necesita un móvil seguro que Brulé tarda, gracias a Dios, en hallar. Esto garantiza, desde luego, la atención permanente que exige la lectura, lo que está avalado por el ritmo veloz de la acción narrativa, así como por una escritura dinámica y correcta, muy acorde al género escogido. Aunque alejada de pretensiones estéticas, la novela revela una pluma firme y decidida que maneja con soltura e inteligencia los hilos de la trama



argumental. La descripción de ambientes es, por otra parte, uno de los mejores logros de la novela y habla por sí sola de un conocimiento acabado no sólo de los lugares por los que se mueve el detective—desde Valparaíso y Viña hasta Bona y La Habana—, sino también del tipo de personajes que uno espera encontrar (y encuentra) en cada uno de ellos.

Así, no puede hablarse por cierto de profundización psicológica en los caracteres, ya que estos están trazados, según es habitual en el género, a grandes rasgos; a pesar de ello, sin embargo, no es raro toparse con descripciones sugerentes o detalles inesperados que dan insospechada luz sobre un determinado personaje. En este sentido, el que se lleva las palmas—palmas de oro, habría que puntualizar—es Cayetano Brulé, calvo, panzón y bigoteado, pero no por eso menos nostálgico de las mujeres de su tierra natal, Cuba. A él le encarga el padre de la víctima discurrir el crimen, ante lo cual, tentado por unos billetes que nunca habían estado juntos en sus bolsillos, abandona las tareas de po-

ca monta a que está habituado. Su miopía no le impide saber calar bien a la gente y rodearse de seguidores tan fieles como el inefable Mashé Dayan—un lastrabotas—, la sabrosa Margarita—dueña de una agencia de empleos—y, sobre todo, su pintoresco ayudante Sasaki, emergido directamente de los bajos fondos. Los dos primeros despliegan la amplia red de informantes de que en sus respectivos campos disponen para ayudar al inspector Brulé, mientras el segundo sirve de pretexto para unos diálogos nada de tontos.

Entre el humo de incontables cigarrillos y las infaltables tazas de café, esta muestra crística de Sherlock Holmes se deja guiar no por su fiema—que no la tiene—, pero sí por su intuición y buen olfato, hasta lograr finalmente el éxito tras una serie de averiguaciones y andanzas internacionales en las que ha arriesgado un par de veces el pellejo. Un éxito que, por cierto, le corresponde también al lector, que ha seguido de cabo a rabo las pesquisas, participando a punta de sospechas y lucubraciones en una acción fascinante. ■

## Una buena novela policial [artículo] Ana María Larraín.

### Libros y documentos

### AUTORÍA

Larraín, Ana María

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Una buena novela policial [artículo] Ana María Larraín.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa